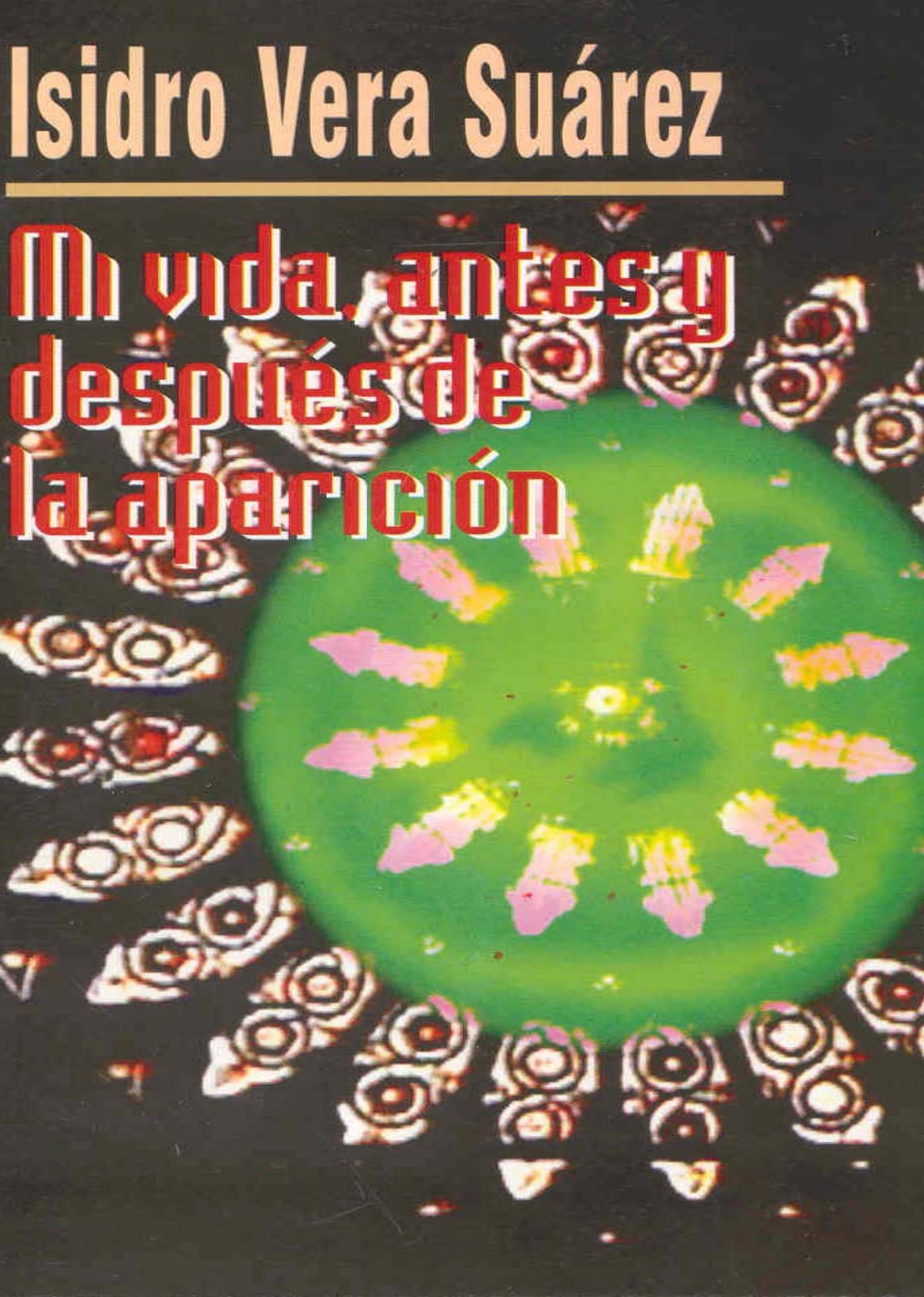
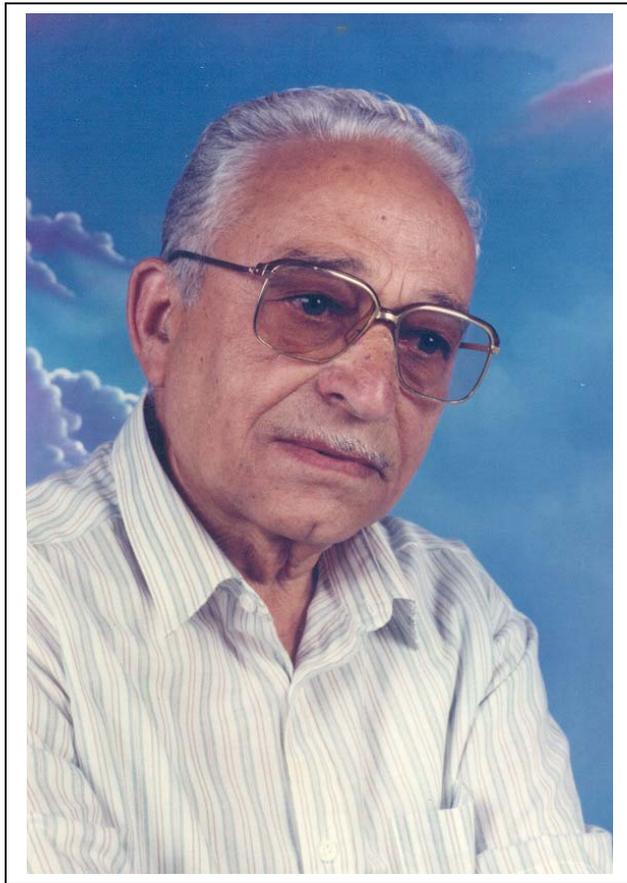


Isidro Vera Suárez

**Mi vida, antes y
después de
la aparición**





*Mi vida, antes y
después de
la aparición*

Isidro Vera Suárez

INTRODUCCIÓN

Estoy en el deber ineludible en esta manifestación de fe, expresar el móvil que me ha impulsado hacerlo, por la razón que pido nada más, que un poco de comprensión, toda vez que el tema encierra en sí, una envergadura de tal índole que en algunos momentos quisiera desistir, pero tengo y debo continuar, como si fuera una de las batallas más fuertes de mi vida.

Lo que no puedo negar en momento alguno es lo sólo que me encuentro en esta lucha de amor, más fuerte y legítima de cualquier creyente. Al final creo y espero que venceré. Sí pienso en vencer, por la razón de que sólo cuento con la versión más sublime que genera el honor: ¡La Verdad!

Sin este relato no podría dar la luz tan tenue que ofrece la penumbra. La luz a la que aludo es el tener que hacer este resumen de mi vida tan colmado y saturado de misterios, única prueba evidente de esta narración.

No quiero creer que pueda haber alguien que pueda exigirme pruebas que yo no pueda aportar, por lo que pediría a todos los que pudieran negarme que lo hagan una vez hayan leído mi vida antes y después de la aparición, encontrándose con todo su derecho y libertad de opinar.

En esta noble vivencia nadie puede encontrarse presionado, la misma libertad que tuvo el narrador puede tenerla cualquiera de los lectores al negarlo o admitirlo, no lo olviden.

Y pidiéndole a Dios toda la iluminación que pueda ofrecernos, termino esta introducción con las palabras de aquel poeta sabio:

La inmoralidad del Alma no repugna ni perjudica al cerebro Humano.

Isidro Vera Suárez

En enero de 1914 al norte de la Gran Canaria, en la Ciudad de Gáldar, corte de los Guanartemes y primera capital del Reino, una mujer gestaba al último de sus hijos, donde según su contabilidad podría ser el número diecisiete y, si el parto no se interrumpía, el número once a la luz. Y once fue el día de su alumbramiento.

Todo el proceso de su gestación, haciendo honor a la fecha, lo hizo envuelto en aquella guerra que sacudió despiadadamente a Europa y la que se llamó “La Primera Guerra Mundial”, el nombre de guerra aterra cuando no es en apellidos; esta fue la primera odisea de mi Santa madre: los nueve meses que suele durar el proceso de gestación, después los tres años más de duración que con miles de penas tuvo que pasar a trancas y barrancas y, entre lágrimas y llanto, la superó hasta que llegó la paz, una paz muy deseada puesto que cubrió los cuatro años, cuatro años de amargura toda vez que en total éramos ocho los que debíamos sobrevivir pendiente todos y asiduos al jornal de mi padre.

Esto ocurrió en el sitio denominado Las Canteras, nombre adquirido por la piedra extraída para la construcción de su templo y demás edificios. Esta piedra fue muy famosa, aunque hoy esté en desuso, por las nuevas tecnologías, su efectividad no morirá igual que su nombre: “la cantera de Gáldar”.

Así empezó esa odisea o mi gran calvario.

España, una vez terminada la Europea, se enfrentó con Marruecos. Mi padre, como le hubieran dicho que aquella Guerra era muy comercial, sin pensarlo mucho levantó vuelo para Cuba, llevándose a sus dos hijos, por posible movilización y por si se los fueran a matar.

Una decisión un tanto errónea como descabellada, puesto que en el caso de participar siempre interviene el factor suerte, ya que todos no van a morir. En su casa dejaba cinco con su madre.

A los dos años transcurridos y sin someter a juicio mental la decisión, mandó a buscar a otro de sus hijos, con tan sólo 15 años de edad.

Mi madre, sin la menor oposición lo preparó y, sin pensar si tendría retorno, se lo envió, con la única convicción de que era petición de su padre.

No voy a hacer una manifestación de duelo en esta narración pues sería borrar todo lo escrito con las lágrimas de mi llanto. Mi padre, cristianamente nos giraba todos los meses un poco de dinero, con el único fin que pudiéramos pervivir, puesto que sólo le alcanzaba a mi madre para cubrir los gastos más imprescindibles en cualquier casa de familia. Estos giros, como todo en esta vida, fueron igual de efímeros, como el amor, el placer y aquella fiebre que sólo dura doce horas, se esfumaron desapareciendo tan raudo y veloz como el viento, las estrellas errantes y todo lo poco bueno de esta vida.

Fue una carta la que reemplazó el dinero que tan poquito nos giraba. Mi hermano, aquel que con tan sólo quince años se nos fue, despiadadamente se enfermó, una vez que el trabajo a que estaba sometido era en galerías, y como el clima de por sí era muy fuerte, sudando saciaba la sed con agua helada. Se dañó los cilindros del motor humano, que son los pulmones y fue el adiós a la vida.

Esta fue la gran aventura que mi padre en La Habana y mi madre en esta ciudad empezaron a vivir. No se lo deseare jamás a nadie. Yo contaba con siete años, edad angelical para empezar a sufrir los horrores de una vida completamente adversa donde nunca nos faltó todo tipo de penurias y las privaciones más elementales fueron acentuándose hasta el extremo que se parecía más a una película de ciencia ficción que a la propia realidad.

Casi todo el peso moral de mi Madre cayó sobre mí y fue la calle la protectora de mi amarga experiencia y testigo infalible de todo lo que me sucedió. Una de esas tardes cuando vagando por la ciudad sin viento favorable por no tener ese lugar determinado donde ir, esperando al Hada Buena que me llamase para hacerle algún recado, en la Terminal de la calle Capitán Quesada se encontraban un grupo de personas, casi todos de mediana edad, pues en todos los anales de mi vida he podido perder un ápice de aquella insidia, no sólo espeluznante e insidiosa sino muy falta de credibilidad a toda educación espiritual, que siempre las madres suelen enseñar o someten a sus hijos. Allí sólo habían burlas donde el pago, si superaba no la prueba, sino los antojos de aquellos pervertidos, saturados de placer, lujurias, eran diez céntimos o dicho un poco esotérico, una perra

gorda. Aquel día, muy de mañana, le había oído decir a mi madre lo triste que iba a empezar el día, sin tan siquiera un céntimo dentro de su casa, única razón que me indujo a ser carroña de aquella banda de lobos hambrientos de sacrificar a quien cogieran, sin mirar el peso de la inocencia, puesto que el elegido era una criatura que aún no había cumplido los siete años. Una vez cansados de tantas risas, de cruzarse las miradas asquerosamente unos a otros, decidieron poner fin a aquella bravata agotadas las escenas del guión y, cuando creí que por lo menos iban a cumplir el pago con toda honradez, empezaron a desfilar, sin dignarse a pagar mi trabajo. Me fui llorando a mi casa y antes de entrar me sequé las lágrimas para que mi madre no se diera cuenta del dolor tan fuerte que desde niño empezaba a sentir. No pude en momento alguno presentir mi futuro, es que sólo era la mente de un niño que empezaba a hacerse cargo de la situación tan triste y penosa de su madre y no podía aportar sino con tan sólo la tristeza que empezaba a invadir su corazón. Nunca les pude desear el menor mal a ninguno, ni en momento alguno he maldecido a nadie. ¿Habría superado la prueba?, no lo sé, aún me faltaban muchos años para empezar a vivir.

Habían transcurrido cuatro años desde la ida de mi padre y ya se podía presentir el camino tan intrincado que se iba a interponer en mi camino.

De esta manera continuó mi vida, encimando penas, tristezas, aburrimientos, por qué no decirlo, aunque haciendo honor a la verdad, me atemoriza y a pesar de su clarividencia, lo voy a ocultar.

Un día sobre el peso del medio día, merodeando por la estación de guaguas, pude advertir como el autobús que llegaba era de la línea de Las Palmas, Melián y compañía; como no podía hacer otra cosa que curiosear, me acerqué y entre los pasajeros, un señor apuesto, con una señora maleta me llamó, era para ofrecérmela si me interesaba transportarla. ¿Cómo me iba a negar si se trataba de mi segundo trabajo?. No había destino fijo, tenía que ir de comercio en comercio, puesto que se traba de un corredor y tenía que esperar frente al sitio que entrase para volver a cogerla y llevarla al siguiente comercio. Así y sin poder memorizar todos los que habían, como todo en la vida, llegó el último y volvimos de regreso a la misma estación como final del recorrido. Este señor me pagó, sin poder apreciar si fue generoso o tacaño, con una perra, moneda de curso legal y esta vez era de verdad. Habían transcurrido unas cuatro horas cuando al fin llegué a mi casa. Mi madre, alarmada por mi retraso, al tiempo de pedirme explicaciones, me adelanté dándole los diez céntimos, como los había

ganado en un largo recorrido y con un peso encima de mis hombros superior a mis facultades físicas. Vislumbrada por el importe me dijo: ve a casa de los Ramos y me compras un perrillo de café y otro de azúcar. Al fin tuvimos algo que nos calentara el estómago.

Esto fue sucediendo, meses tras meses y años tras años hasta que, como todo en la vida, terminó.

A mis padre, dentro de su situación tan precaria, Dios les colmó el hogar con una niña primogénita, dotada de una inteligencia y un carisma muy especial, siendo la artífice de salvar lo que quedaba de un hogar, donde la fortuna se había apartado tenazmente. Contaba unos veinte años, cumpliéndolos con su abuelita, la madre de nuestra madre. Isabelita, que así se llamaba, tuvo dos hijas y de las dos tiendas que habían en ese entonces en la Ciudad una era de ella, razón por la que mi hermana fue criada con su calor y compañía. Una vez que su otra hija se casó muy joven era mi hermana la que la atendía. “Llegó el Hada”, mi hermana tuvo unos preliminares muy efectivos, siendo su educación de grado superior como expliqué anteriormente.

Por ese entonces y para poder pasar el peso de aquella casa, al borde del cataclismo, tuvo que poner una costura, con unas pocas niñas como aprendizas que le ayudasen a poder paliar aquella situación tan adversa y precaria con una irrisoria cantidad que compensara la paciencia que tenía que disponer en adelante. Mi hermana por esa fecha oscilaba sobre los veinte años, más el desarrollo de su experiencia superaba todos los records. Esa fue la liberación de mi esclavitud, de aquella niñez tan malograda y nefasta que se había cernido sobre mí.

Mi padre, en La Habana, continuaba con mi hermano enfermo y, haciendo honor a los hechos, con poca esperanza de recuperación, puesto que según los médicos habían acudido tarde y se había complicado una tuberculosis. El régimen al que debía someterse era de mucho cuidado y él no podía ofrecérselo, ya que el deber ineludible le obligaba a retornar al lado de su madre, esposa y demás hijos que dejó fluctuando en la Gran Canaria como un cuerpo a merced de la tempestad. Con toda la premura que el caso requería, se puso un viaje, pero antes nos anunció el estado tan grave que le hacía volver puesto que era una tuberculosis lo que traía.

Nosotros, por esa fecha, vivíamos en el Pueblo, en una casa heredada por mi madre al fallecer la suya.

Mi madre, al darse cuenta del estado en el que iba a regresar su hijo, pensó que el lugar más apartado que tenía era una habitación con acceso a la calle, pero con el inconveniente que estaba alquilada con una barbería y temiendo que no se la soltara se lanzó pidiéndosela con toda la prisa, por la poderosa razón que el caso era muy extremo.

Transcurrió menos tiempo que el que nosotros pensamos. Al quedar libre la habitación, se arregló y mi hermana pensó instalar el taller de costura en dicha habitación hasta que llegase mi padre con mi hermano.

Al fin mi padre embarcó, siendo la travesía un viaje interminable, puesto que el dolor cuando no hay remedio, tiende a acentuarse más que a disminuirse. Los minutos parecían horas, las horas días y los días años. Mientras mi madre aguardaba el regreso de su marido con su hijo, mi padre en alta mar compartía la angustiada desesperación que produce el tener que desprenderse en última agonía el Alma del cuerpo. Éste último lo albergó la mar y el primero lo abrazó Dios sin el menor recato, puesto que iba a transformarlo en un Ángel Celestial, toda vez que era la de uno de sus hijos que en plena juventud enfermó y sólo fue el dolor su compañía y su pena lo de no volver a ver a su querida madre e inolvidables hermanos. ¡Que Dios lo acoja en su regazo!

Todo esto ocurría en el año 1928. Cuando el barco tocó puerto en Las Palmas de Gran Canaria, mi padre se sumió en la amargura más grande de su vida, tenía que entrar en su casa sólo, cuando debía hacerlo con su hijo, aquel que cincuenta horas antes de llegar a La Palma, la parca se lo arrebató despiadadamente. Se fue a un hotel con el equipaje y pernoctó quince días esperando haber si podía encontrar otro barco que lo devolviese al punto de partida, La Habana. El tener que entrar sólo, la congoja, fue para él el trauma más amargo de su vida y no encontraba disculpa que poder ofrecer a cambio.

Transcurrieron los quince días y barcos no salían. La decisión fue la única factible puesto que debía volver a su casa y ofrecer toda la verdad a su familia.

Una alegría, un llanto, una pena y una tristeza fue cuando mi madre le preguntó por Antonio, su hijo y como contestación le sacó una corbata negra sacudiéndola, toda vez que la traía enredada en el bolsillo. Yo contaba casi los doce años, mi vida desde entonces se consternó y aún hoy

el recuerdo me conmueve. La pena de ver mi esperanza frustrada fue como una nube desecha por la tempestad, me deprimía inconcebiblemente, pero como todo en esta vida, el dolor se fue calmando, aunque es el recuerdo el que perdura, corroe y corrompe hasta los corazones más insensibles. ¿Fue superada aquella pérdida irreparable?

Mi padre contaba sesenta y cuatro años de edad, virtualmente debía estar agotado por todos los sufrimientos del entorno de su vida, una vida perseguida por la crueldad del destino y lo adverso de su suerte, más aún le quedaban algunos años de vida. Su salud impecable le movía a tener que seguir luchando, puesto que aún le quedaba algo porqué vivir: su mujer, dos hijos en cuba y tres más aquí, su casa... era la razón para no amilanarse y continuó su lucha. Mi padre fue un inmigrante con pocas ambiciones, debido a que era de profesión jornalero con escasos conocimientos en las cuatro reglas elementales y le daba igual ir a un sitio como a otro, el jornal es siempre jornal y hasta el viento nunca le puede ser favorable. Fue cuando pensó en volver a trabaja; aquello fue como una bomba, toda vez que mi hermana, con los ahorros de la costura y como la casa se prestaba para negocio le puso un bar y no tuvo nunca más necesidad de ir a trabajarle a nadie.

Por ese entonces yo contaba los doce años muy bien cumplidos y como mi padre una gran parte de su vida la había dedicado en la agricultura, unió las tierras heredadas por mi madre y las suyas por su padre y se metió de lleno en la agricultura. Una vez unidas contabilizó dos celemines, igual a una fanegada menos un celemín. Estas tierras desprovistas de agua, siempre pendientes de la caída del cielo, le fueron útiles, empelándolas como sedante, convirtiéndose en su refugio en los momentos nostálgicos de su vida. El bar me lo asignaron a mí en su totalidad, fue muy parcial, puesto que aún me encontraba en los preliminares del graduado escolar. Continuó mi vida acumulando experiencias y decepciones, pues todo lo que se relacione con el alcohol y las drogas es decepcionante. Me sucedió lo más inverosímil de mi vida al tener que convivir con un público una parte insulso y la otra de escasa formación moral; me deprimía.

Conservo una anécdota, la más descalificante que me pasó en el Bar en todo el tiempo de mi actividad. Un señor me pidió una caja de cigarrillos habanos marca “La Favorita”. Su valor era de 30 céntimos y me dio una peseta “en plata” para que me cobrase. Yo, cristianamente le devolví 70 céntimos correspondientes, pero el buen señor y sin pensarlo dos veces, me

dijo que le faltaba una peseta, por haberme dado dos. Era media mañana, un día laborable, cuando las ventas son escasas y la caja del dinero está muy poco lucida. Yo ante la insistencia del chantajista sólo podía mantener como postura la verosímil, puesto que en momento alguno pude aceptar su falsa versión. Empezó a gritarme para que le cogiera miedo, pero muy a pesar de mi edad me encontraba restablecido de ese monstruo a quién tanto se le teme como es el miedo, estableciéndose la polémica, él que sí y yo que no, hasta que apareció, incitado por los gritos, el cabo de la guardia municipal y lo primero que dijo fue: ¿qué pasa aquí?. Yo le expuse mi razón y él como buen actor siguió con la suya. Como le conocía en ningún momento descartó ni puso en entredicho mi derecho; el cabo le preguntó que si tan seguro estaba, devolviéndole la pregunta con un sí gigante. A ver, dirigiéndose al cliente, ¿dónde puso el dependiente las dos pesetas?, en aquel cajón. El guardia, dirigiéndose a mí, me obligó a que lo sacara. Yo lo hice depositándolo sobre el mostrador, no encontrándose moneda alguna de a dos pesetas, ¿y ahora?, dirigiéndose al cliente, ¿cuál es su disculpa?, fue la de un cínico sin el menor escrúpulo: estaría yo equivocado.

Aún recuerdo ese día como si lo estuviera viviendo y si de algo estoy seguro es que la vuelta que me exigió nunca se la hubiera dado, por la poderosa razón que todo dependiente, antes de ponerse detrás de un mostrador, debe estar seguro de el dinero que le dan para cobrarse y de eso yo me encontraba muy ducho.

Tuve varios encuentros más, los suficientes para prometer como nunca volvería a expedir bebidas alcohólicas en sitio alguno, promesa que he sabido respetar.

La situación económica fue el cambio que se produjo en mi casa, puesto que el bar estaba produciendo buenos beneficios y los ahorros de mi hermana, la costura también fueron fructíferos, razón ocasional para pasarlos a la reserva, una vez que con ellos se permitió cubrir parte del mobiliario y reformas en la casa.

Hicieron dos habitaciones en lo alto del interior, pasaron el bar para otra habitación más cómoda y como de todos mis hermanos ninguno pudieron coger una carrera, me propusieron que eligiera una y como la más económica era la de Magisterio en ella me incliné. Lo primero que se buscó fue el profesor, se consiguió al momento y, a continuación, los libros para la preparación, para el ingreso en la Normal del Magisterio, todo ocurrió con la premura que el caso exigía. Iba a empezar con la edad más pletórica

y tierna de un adolescente cuyo ímpetu era empezarla y terminarla. ¡Sí, No!. Todo esto ocurría en el reinado de Alfonso XIII o mejor dicho, dentro



de la monarquía. Mi preparación para el ingreso no fue motivo de sacrificio, puesto que en las preliminares escolares me ayudó una buena parte de las asignaturas que como preparación se necesita. Se fue acercando el día y tenía que matricularme, fuimos a Las Palmas y se hizo con la mayor brevedad, esperando solamente el día.

La monarquía se tambaleaba y sin ahondarme mucho en el tema, vino la República y con ella el escándalo. Los tres años que exigían para la carrera elegida pasaron a ser nueve y la matrícula que había pagado me servía para los tres años, si aprobábamos el

ingreso. Fue increíble el examen, allí nadie aprobó pues no sometieron a un final de reválida. Siempre en todo lo que se predomina cambio, no lo duden, ningunos son buenos y la República no podía ser un a excepción.

El bar, debido a la situación política del país, hubo que darlo de baja y con el cierre, se fue una gran pesadilla de mi vida, aunque si he de ser sincero, ya se podía presentir el futuro de los Españoles. Cuando los hombres pierden el sentido común somos peores que buitres en la carroña. Las diversidades de opiniones, que si tú fuiste esto y yo fui lo otro, no podía haber el menor acuerdo. La falta de comprensión y la droga del poder mandaron a la Nación al caos. No está en mi ánimo, en momento alguno, hacer una declaración o manifestación política, ni tan siquiera puedo juzgar a nadie, puesto que el único que puede hacerlo es Dios, más y como se trata de mi vida, me encuentro en el deber ineludible de hacer por lo menos un paréntesis.

La guerra entre hermanos, no sólo se pronunció, también corrió la sangre a borbotones, los campos saturados de cadáveres se cubrieron y lo más lamentable, el odio entre los hermanos, las rencillas personales, el ansia de matar, fue la nota más lamentable. Hubo un señor en mi pueblo que se jactaba pregonando a gritos, como el día que no sacrificaba a

latigazos a alguien, esa noche no podía dormir tranquilo y, entre otros, también me cogió a mí. Cuando llegué a mi casa, mi madre se quedó atemorizada al verme la espalda, de arriba abajo, como el carbón o el azabache, fue una venganza personal por sacar del cuartelillo a uno de mis amigos encerrado por él; mi amistad con el alcalde fue suficiente para su libertad y cuando fui a pedirle explicaciones al Sargento de la Plaza, porque se me había castigado, recuerdo lo benévolo de su comportamiento, encima de los que llevaba me dio dos latigazos más. Que Dios lo juzgue puesto que es el único capacitado.

Las movilizaciones empezaron y yo no me podía escapar puesto que también estaba encuadrado. Llegó el día de mi ingreso a filas, una experiencia que nunca podré olvidar, me di cuenta como mi vida empezaba a manifestarse, de la manera que podría ser, ¡lo ignoraba!, aunque si medimos las personas por su peso moral, tenía que ser de muy buena calidad, porque mi amor al prójimo siempre ha sido sincero.

Fuimos reclutados en el instituto, anteriormente, regla, estatuto de un cuerpo o colectividad, allí nos formaban para que cuando embarcásemos



para la guerra no nos dejásemos matar sin la opción de defendernos. El período de instrucción duró muy cerca de cuatro meses y en ellos también aprendía algo. Una mañana, cuando me encontraba en el patio, con el pensamiento ensimismado en mis recuerdos, se me acercó otro recluta y en verdad me pareció como si buscara un apoyo en mi amistad, cosa que jamás le he podido negar a nadie y con toda mi sinceridad y cordialidad se la hubiera ofrecido. Fue muy breve, ¿usted fuma?, le contesté que sí, dar un cigarrillo muy bien ovillado y con los extremos doblados se suele hacer para que la picadura quede bien prensada, me extrañó, puesto que no es costumbre dar

el cigarrillo hecho, se ofrece el paquetillo o borrega y el fumador lo hace a su gusto. Todavía me pregunto si fue intuición o desconfianza lo que me obligó a hacerle la pregunta, si era de marihuana, cuando muy tajante me contestó que sí, fue inenarrable mi reacción, lo hice picadillos, se lo arrojé a sus pies y como consejo le expuse un artículo que sobre la grifa había

leído, donde sus fumadores, los moros del Rifn, con el letargo que vivían, sólo podían hacer, beber té y dormir, así que deja esta basura y coge mis consejos. No volví a verle más, seguramente se escondía de mí por algún temor, aunque en verdad yo jamás hubiera llegado a extremos algunos.

Todo no podía ser malo y con la espontaneidad que la suerte suele proceder, surgió en mi vida una gran persona y un gran amigo. NO puede haber una amistad tan sincera e inolvidable para que, y en esta narración dejara de ocupar estas sinceras líneas. Hicimos los cuatro meses más hermosos de nuestra vida militar, nunca nos vimos envueltos en líos, discusiones, pleitos ni nada que pudiera interponerse en nuestra amistad, ni aún la disciplina a la que estábamos sometidos pudo hacer mella en nosotros, era como si fuéramos los insurrectos y todo lo demás estaba a nuestro servicio.

Las compañías solían ir a diario a las célebres instrucciones en las rehojas, cosa que no estaba en nuestro ánimo y no teníamos por qué acudir, formábamos los últimos y a pesar de que éramos de diferentes compañías buscábamos ocasiones para ir juntos, dejábamos la formación atrás y vagábamos por la ciudad como si fuéramos los únicos habitantes de la tierra y cuando volvía la tropa nos sumábamos de nuevo.

Un día se dirigió a mí un buen amigo y me quiso advertir como el que yo tenía por amigo era adicto a la bebida y cuando se encontraba ebrio solía excitarse. Recuerdo mi contestación, me has dicho la bebida, sí, las borracheras, muy bien y para emborracharse, ¿qué hay que hacer?, me miró extrañado y con un poco de soberbia me contestó: ¡hay que beber, eso, beber! Pero siempre entre dos personas, uno malo y otro bueno, ¿va a ganar el malo?, alguna que otra vez la suerte puede inclinarse por el bueno... con esto se marchó sin dejarme de repetir como quedaba advertido. Nunca dudé de aquel consejo, ni aún me fue necesario, por la convincente razón cómo las sobras, las tres pesetas diarias, no nos alcanzaba para más.

Después del almuerzo íbamos a una cafetería, nos tomábamos un café y un cigarrillo puro a continuación. Las instrucciones estaban tocando a su fin y el embarque se aproximaba. Había cuatro compañías, más el Sáhara y disciplinaria y la quinta que era de la Guinea. La del Sáhara era la mía, por razón de nuestra separación una de otra. En el cuartel de San Francisco ya se estaba formando el “Batallón I de Canarias”, mandado por el comandante Hernández Fon, fallecido al término de la Guerra. Este batallón iba destinado al frente de Guadalajara, llegamos a San Francisco y

la compañía que me destinaron era la ametralladora, con tanta suerte que me encontré a un hijo de una prima hermana. Nos alegramos, puesto que éramos una familia muy unida y lo primero que me dijo era cómo faltaba uno para completar la sesión de transmisiones. Aceptando sin el menor recato, una vez que ya él lo tenía hablado con el Sargento, haciéndole una referencia de mí casi mitológica y un poco exagerada. Me dieron la traducción del alfabeto morse y como mi camastro estaba al lado de una ventana que daba a la calle, alumbrado por el punto de luz de la misma, en una sola noche me lo estudié y las prácticas del siguiente día, transmitía y recorría como otro más. Hasta que llegó la noche del primero de mayor de 1937. Embarcamos unos 1600 soldados, el Batallón para su destino y el resto a cubrir bajas al frente. Fue el día de mi Santo cuando llegamos a Vigo, ciudad de Pontevedra, con una bahía preciosa, por primera vez habían tocado mis pies tierra europea geográficamente.

Los cinco días que duró el viaje me lo pasé tendido en cubierta, socorrido por mi primo, como había sido marinero iba a comer al comedor y luego traía la mía. Hoy me doy cuenta cómo e “ignorando el por qué” mi



vida en todos los momentos difíciles, siempre, siempre, había una hada buena, como si en verdad fuera una premonición. ¿Sería Dios que me estaba allanando el camino?. Llegamos al pueblo más cerca del frente y quedamos en guarnición. Al mes aproximado se inició un fregado en Miras

del Río o Casas de San Galindo, mandaron un enlace con un parte urgente del Batallón, pero el caballo donde venía lo mató un pedazo de metralla de artillería, no teniendo más remedio que continuar andando, llegando a la mañana del otro día después de pasar todas las penurias que quiso pudo llegar al Batallón entregándole el parte al comandante y como era urgente todo se inició a la carrera, teniendo que esperar por los camiones, llegamos a dicho frente con un retraso muy considerable, la suerte esta vez se había aliado con el último que llegó, puesto que se marcharon en retirada y tan solamente pudimos recibir el bautizo de fuego de la Artillería y ametralladoras. Se formó el Batallón, compañía por compañía y aunque parezca ficticio no hubo ni un herido.

Volvimos al sitio de partida para dejar cancelada las maniobras que nos faltaban y a renglón seguido las trincheras. Muchos prefirieron irse a la Legión que continuar haciendo zanjas, refugios, nidos de ametralladoras y otro tipo de refuerzos que diera seguridad a la vida humana.

Nosotros toda vez que las transmisiones no nos fueron necesarias, nos pasaron a la cocina, alguien tenía que pelar las papas y traer el agua de la fuente de los pueblos próximos. Para nosotros aquello era una guerra de incertidumbre, una vez que no nos faltó todo tipo de inseguridad, las balas perdidas, fuego de artillería, bombardeos de aviación, en fin, era la guerra aunque muchos no la aceptaran.



Recibimos las primeras cartas y con ellas empezaron a sentirse las primeras decepciones de la vida, unas novias no resistieron que los llevaran a la guerra, aliándose con el primero que apareció, otras optaron por la prostitución, vida marital, emancipación... hubo de todo, también hubo quien les guardara a sus seres queridos fidelidad, de lo que nos congratulábamos. El narrador de esta vivencia no se enteró nunca si le fueron o no infiel, pues determinó romper los lazos que dejó mal atados, aunque en verdad nunca faltó una mujer en su vida y esta vez fue una madrina de guerra, era pues, después de mis

padres, la única que la premura del tiempo permitía escribirle, puesto que no me quedaba ni un minuto para poder dedicarlo a nadie más.

En las primeras correspondencias me sorprendió un señor de Fuerteventura que al vernos a casi todos leyendo, lloraba como un niño en

la cuna. Le pregunté porque lloraba y me contestó que como no escribía no podía recibir cartas contestándole ¿es que no sabes? ¡No! Me lo llevé para mi refugio o chabola, saqué papel y pluma y empecé a escribirle, no recuerdo si fueron cinco o seis folios, y como le prometí seguirle escribiendo, le volvió el semblante alegre que todo soldado, y más en tiempo de guerra, necesita para poder sobrellevar las penas y vicisitudes que el caso genera.

Se corrió como la pólvora, en los analfabetos, cómo y en la plana mayor había uno que sabía escribir, siendo tan enorme la clientela, que llegaban hasta mí sin papel ni sobres, nunca dejé a ninguno apenado, por ignorar hacerlo y menos le exigí papel ni sobres. De esta nueva experiencia poco más podré añadir, la primera, sería interminable resumirla y la siguiente, lo que daría por apartarla de mi mente.

En una de las cartas de mi madre, se lamentaba como su situación económica seguía cada vez más precaria. ¡Siempre tenía que estar mi madre en relieve en mi mente!, en momento alguno dejó de apartarse de mí y era esa la razón de no poder avivar los envíos de paquetes que todos los meses me hacía, me consternó profundamente y en los días sucesivos de las sobras que nos daban le podía reunir cierta cantidad de dinero, enviándoselos con el primero que fuera, con permiso oficial o desmovilizado por tres hermanos, se alegraba incomparablemente, puesto que en muchas ocasiones era todo lo que podía contar, fueron muchos los envíos y hasta a veces deseaba que saliera alguien de permiso. Uno tan sólo de los porteadores, no cumplió su entrega, aún siendo pavor el recordarlo. De corazón le pido a Dios que le perdone su acción.

En cierta ocasión, presenciando una de las incursiones que la aviación solía hacer, fue nuestra sorpresa cuando nos percatamos como estaban bombardeando nuestras propias posiciones, encontrándonos, el cabo de transmisiones y yo, en la llegada. Contándolos en la chabola de nuestro refugio, todavía recuerdo que eran 150 los aviones, ese día una sensación muy intuitiva por la cual advertí a mi amigo como en la vuelta el blanco íbamos a ser nosotros, por lo que le pedía de marcharnos de aquel sitio. Se le puede llamar como quiera, casualidad, suerte, premonición, lo que es cierto fue, como en la vuelta cayó una bomba justo y exacto en el mismo sitio donde nos encontrábamos y de la chabola sólo quedó un pozo de más de cinco metros de diámetro. De mi amigo, a pesar que sobrevivimos, no he vuelto a saber y muy a pesar de haber estado en cierta ocasión en su

casa, sólo recuerdo como era de Las palmas. En esta ocasión si hubieron víctimas.

Nosotros continuábamos en la cocina, estábamos para lo que hubiera que hacer, solíamos ir a llevar el rancho a las posiciones donde se encontraban los de la compañía, pero un día me cambiaron de posición y como todo en esta vida requiere conocimientos, en la que me mandaron me encontraba extraño y hubo de faltarme rancho y aún recuerdo como el sargento dio cuenta al capitán, me mandaron llamar y las explicaciones que les di no fueron suficientemente convincentes para el jefe, y hubo de amenazarme poniendo la mano, no en mi herida, sino en mi amor propio, porque aquello era un insulto y yo no podía, muy a pesar de su disciplina consentirlo, le repelé de tal forma que me ofreció tres tiros, así, como el que se toma un jarro de agua, aún menos me arredró, terminó por abrazarme y decirme que era de su plana mayor y quería lo mejor para nosotros.

No me mandaron más a aquella posición, de lo que me alegré. Por aquella fecha se libraba una batalla, muy posiblemente decisiva, por el Ebro, entre otras causas fue la tumba de los del 41 desgraciadamente y como por Guadalajara era el único frente menos castigado por la guerra, empezaron a formar batallones de la media brigada, mandándolos allí, por la estricta razón que se había convertido en un cementerio. Continuaron, saliendo, los primeros, no recuerdo como fueron, los siguientes sé que lo hicieron por sorteo, aún recuerdo la polémica que se armó por no incluir al capitán de mi compañía, a los de Plana Mayor, en el sorteo. Se fueron sucediendo los sorteos, hasta el extremo que sólo quedaban dos por enviar, el de mi compañía y otro que no puedo recordar, lo hicieron a cara o cruz siendo inverosímil el resultado, nos volvimos a librar. ¿Qué hada o madrina intervino para que no fuésemos nosotros? Eso sólo Dios lo sabe. La contienda estaba tocando a su fin y se preparaba la final, todo era material de guerra, cañones, aviación, soldados, causaba desolación todo aquello. De los dos inviernos con temperaturas de doce y catorce grados y como el clima de Canarias está muy cerca del trópico, estuve perseguido por una bronquitis a punto de volverse crónica; me fui al médico, de la enfermería, encontrando como única alternativa enviarme al Hospital, fue al de Sigüenza, el primero, allí me observó un teniente Médico y desde ese entonces no lo he podido olvidar, me la cortaron con un cataplasma hirviendo, enfriándose encima de mi pecho. Sólo me dieron tiempo para curarme, puesto que como era el Hospital de primera línea, me evacuaron, dejando aquel sitio libre para posibles heridos, si en verdad se llevaba a

cabo la final. Fue a Calatayud y como final a Vitoria. Era un seminario convertido en el silencio de todos los que nos encontrábamos, no se sintió una voz en un largo tiempo, siendo roto por una enfermera de León que sentía lo que le podía pasar a un hermano que luchaba por las otras filas. Allí tuve la suerte de conseguir cuarenta días de convalecencia y después de muy cerca de dos años, volví a mi tierra adorada, a mis inolvidables padres y una hermana, toda vez que mi otro hermano también se encontraba en el frente, por Andalucía. Mi gran recibimiento. Cuando llegué a mi pueblo, entré por la misma calle que me vio salir y al final se encuentra el Casino de Gáldar; uno de los que habitualmente suele sentarse en los sillones que sacan, al verme llegar preguntó al que tenía al lado: ¿ese de donde viene?, le contesta: de la guerra, ¿cómo? ¿no estaba en el campo de concentración?, replicó: que yo sepa estaba en el frente; hay que joderse, a estos no hay quien los mate ni con agua caliente. Ésta fue la versión de un gran pobre ignorante, ni siquiera respetó el sitio de donde venía. Jamás en mi vida tuve para el prójimo nada que no fuera solamente amor, y ¡cómo me pagaban!

Como todo termina en la vida, mi convalecencia tocó a su fin y tuve que ir al Estado Mayor, para que el Capitán que estaba al frente me preparara el pasaje o pasaporte, para mi regreso, al depósito de Navalmoral de la Mata, lugar donde se encontraba el depósito de los batallones de Canarias. El buen hombre, sin pensarlo dos veces me dijo: tienes que embarcar en el Aragón que sale el martes, le contesté: ¿cómo? Si el jueves sale el Dominé y una vez terminada la guerra, para qué tanta prisa, el martes pues es su embarque, y como no quería bajarse del burro, le puse como ultimátum que en el Aragón embarcaba Vd. si quisiera, y no pienso obligarle, bien, al fin terminó mi embarque: el jueves. El Aragón era un barco que se mecía más que la cuna de un niño llorón y en uno de sus viajes a Cádiz. Nunca pude convivir con la disciplina de índole alguno y fue por esa razón por lo que siempre procuraba apartarme lo más posible de ella.

Fue una vez más colmado mi deseo y para aquellos que puedan interpretarme mal, les anticiparé como en toda mi vida, que yo recuerde, pedí nada que pudiera ser absurdo, siempre ponía por adelantado mi sentido común. Una vez en Cádiz cogimos el ferrocarril trasladándonos a Sevilla, íbamos ocho en la misma expedición pero y como yo tenía un hermano en Córdoba, en Sanidad, dejé la expedición atrás, anticipándole al jefe de la misma, que una vez en Navalmoral, le dijera al Capitán que fui a ver a un hermano que hacía dos años que no le veía. Llegué a Pueblonuevo

el Terrible con tanta suerte que al día siguiente lo licenciaban, continué por Andalucía, donde me saturé de ver tantos olivos y de paso por Guadalajara el ferrocarril hizo una parada, nos bajamos, pudiendo comprobar como San Isidro de Gáldar era mayor. Al fin y después de un retraso de dos días pude llegar al depósito. El Capitán dejó dicho que cuando llegara me presentase a él, fui, me preguntó el móvil, le dije lo de mi hermano y no pasó nada. Allí pude comprobar una vez más lo que significaba el número once en mi vida, puesto que a los once días de mi nueva estancia en Navalморal llegó una orden, que los depósitos de todos los cuerpos debían presentarse en sus respectivos regimientos y volvimos a Las Palmas después de un viaje, uno de los más fatigosos de mi vida, por todos los inconvenientes que tuvimos con los barcos, la comida... hasta con el aseo. Los reclutaron de nuevo en San Francisco y como todos estábamos pendientes de que nos concedieran unos días de permiso, viendo que no llegaban y ante tantas murmuraciones por parte de los de la expedición, fue este narrador el que rompiendo barreras pidió dos voluntarios que le acompañasen al Estado Mayor, poniéndoles por relieve lo duro del viaje, nos concedieron a todos los 78 que componíamos la expedición, cuatro días muy bien restringidos, sólo nos dio tiempo para asearnos y que nuestra familia nos lavasen la ropa. Al día siguiente, después de haber disfrutado de nuestro permiso, todos destinados a su compañía respectiva, fuimos por fin a comer en mesas, con toda la tropa. Aún y en el principio de la comida, siento la corneta pronunciar un pitido, recuerdo cómo fue el primero que oía y el último, a continuación del toque, observé como todos se levantaban, abandonando la mesa, yo, muy extrañado, continué comiendo, igual que si estuviera en mi propia casa, cuando oí al Teniente dirigiéndose a mí: Vd. tiene también que abandonar la mesa, dándome cuenta como la guerra aún no estaba terminada para mí, por la razón genética y costumbre de comer despacio, le repelé al señor Teniente, diciéndole que se fijara en mí, porque ya no me volvería a ver más en lam esa, y no me vio más. Me fui a la enfermería, de allí al Hospital Militar y del Hospital para mi casa, licenciado en la quinta del 36. Fue una de mis mejores virtudes, cuando no me convenía un sitio, sea como fuere, me esfumaba.

Todo esto ocurría en el año 39. Hasta que estalló la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo como eran once meses los que llevaba licenciado, cuando nos movilizaron y fue cuando me dije que iba a ser la última vez que jugaran conmigo y lo fue.

En esta 1ª movilización, nos embarcaron para Fuerteventura, la tierra más despreciada en aquellas fechas, hoy y gracias al turismo y a sus playas,

es igual de importante. Toda la isla tenía tantos habitantes como mi pueblo Gáldar y muy a pesar de desembarcar en Puerto del Rosario nos



encuadraron en el Batallón de Ametralladoras con destino a Gran Tarajal. Fueron solamente 17 días los que pude contabilizar, puesto que de nuevo volví al Hospital saliendo por inútil temporal, aquella tierra no se había hecho para mí, razón suficiente para alejarme de ella. La guerra día a día se recrudecía más. Alemania, a medida que se iba extendiendo con sus invasiones discriminadas por toda Europa, se veía falta tanto de hombres como de víveres y fue por eso que recurrió a su tercer aliado España. Le empezaron a mandar comida y una división de voluntarios, ahí fue cuando más se

acentuó el hambre, un recuerdo que quisiera olvidar pero no puedo. Ponían en los vagones “Sobrantes de España”, que Dios los perdone. España e Inglaterra no eran aliados, pero les unían ciertos vínculos de antaño por razones de Estado y además, la ventosa de Gibraltar le preocupaba al Reino Unido más que una pesadilla y por esta y otras razones le suministraba gasolina para sus industrias y medios de transporte, puesto que su no beligerancia había que mimarla constantemente y fue esta razón la que obligó a Churchill desplazarse a España y prometerle al Gobierno estabilidad mutua, en el supuesto de que ganaran los aliados, puesto que Alemania tenía amedrentada a España diciéndole que si la ganaban los aliados derrocaban su Gobierno. Así fue como empezó el juego de las dos caras, y como España estaba comprometida, le suministraba combustible a sus submarinos en las bases que tenían en Fuerteventura, donde al ser descubiertos, le restringieron la gasolina, siendo un caos para España, dicho mejor, para el pueblo, puesto que es quien paga todas las consecuencias.

Así fue como empezó a debilitarse transportes, molinos y demás industrias que dependieran de esa materia prima. Mis padres, o mejor dicho, en mi casa se empezaba a ver la crisis que se nos venía encima. Las cortas tierras que poseíamos se nutrían del agua extraída de los pozos y al

faltarle el combustible, suspendieron todas las ventas. Siendo éste el principio adverso que empezó a sentirse en mi casa y también en otras.

Los pocos animales que teníamos empezaban a padecer su destino, compartiendo la suerte con los que tenían como dueños. En el principio de mi narración recuerdo como dije, siendo aún muy niños, que presentía como el peso de mi casa iba a recaer sobre mí y no me engañé, empezaba a sufrir el temor de los Celtas cuando aquel prisionero ante Alejandro Magno dijo: nada nos puede asustar excepto que el cielo se nos caiga encima, y ése también fue mi temor, no que se me cayera el cielo, aún mucho más, las consecuencias de la guerra, el hambre. La situación parecía ineluctable pero muy a pesar de eso, podía contar con el mejor coeficiente, la vida y, otra vez más, igual que Tirano desafió con su espada a su destino cruel, terminando su vida, yo cogí la hoz y una soga, y me fui al campo y preguntando lo que era del estado, empezó otra odisea más, siendo adherida en el haber de mi destino. Fueron muchos años los que me sucedieron, hasta que la guerra fue avanzando, las lluvias hicieron su presencia, la tierra absorbió sus simientes y el fruto empezó de nuevo a florecer. No podía pensar en mi futuro, era el presente mi inquietud, mi mente no podía abarcar más que lo prudente, aunque mi cuerpo sufriera las penalidades, tenía que soportarlas.

Fuimos paliando la situación con la mayor resignación que la vida nos ofrecía, deseando terminar con una para poder empezar otra. En un mundo en guerra nunca puede prevalecer lo bueno. Mi madre continuaba con el cargo de la casa, se lamentaba como el petróleo para los infiernillos escaseaba y teníamos que buscar leña como fuese, como ya nada nos podía sorprender, estábamos tan asociados a lo malo, que el sabor de lo bueno no lo podíamos distinguir. En esta ocasión le dimos descanso a la hoz y mucho trabajo a la soga, porque fue Amagro nuestro nuevo destino. Íbamos mi padre y yo, abríamos la leña para que secase y perdiera peso, día a día bajábamos sus montañas, sin poder mirar tan sólo que para el suelo, puesto que era el único aliado que teníamos. La guerra estaba tocando a su fin, puesto que militarmente Alemania la tenía perdida, aunque le obligara a continuar aquel afán de poder con que cuentan todos los ambiciosos. La situación para España había mejorado un poco, una vez que Inglaterra le había levantado parte de su restricción, pero no en su totalidad. La mercancía continuaba llegando por el mar, enviada por una gabarra remolcada desde Las Palmas a Gáldar, siendo ésta la razón por la que suspendimos las incursiones a las mencionadas montañas de Amagro. Pero algo tuvo que suscitar y ese algo fue nuestra situación económica, rozando

el caos, por lo que teníamos que continuar afrontando lo adverso de nuestra situación, era también nuestro destino y no podíamos mirar hacia atrás por temor a que nos sucediera lo que le sucedió a la esposa de Lot, cuando abandonaron Sodoma y Gomorra. En esta ocasión, como en otras, me correspondió a mí continuar rompiendo no barreras ¡eran muros infranqueables y como el único trabajo que había en la construcción era de una empresa que en comunidad se estaba construyendo, pregunté por el encargado y me contestaron, como eran tres, lo hiciera por conducto de edad. Hablé con el mayor primero, me mandó al segundo, donde la esperanza que me dio fue que por él, empezaba el lunes próximo y me fui al que me quedaba, el tercero. Cuando daría por apartar de mi vida lo que me sucedió con éste. Sin mirarme a la cara, ni aún dejarme terminar mi petición, me dijo estas miserables palabras: PARA TI NO HAY TRABAJO. Me quedé más gélido que el hielo del Polo Norte, puesto que desconocía la razón, si es que la había, no me la dijo. En mi interior le pedía al Supremo que si tanto amaba la vida, que sólo quería el mundo para él, que lo dejara en esta basura toda una eternidad, ya que pormi conducta cristiana, tenía que desearle lo mejor.

Fue entonces, encontrándome más desolado que lo que va dejando atrás el tifón por donde pasa, recurrí al encargado de enviar los trabajadores a las empresas. Todo era inconvenientes, por una o por otra razón sólo encontraba negativas, le rogué que me enviara a una labranza, también se negó, con el pretexto de que todas estaban sobrecargadas. Casi agotado y en el último remedio, recurrí a los deseos de aquellos que se ven arrastrados por el barranco y en su última agonía pide a Dios un gajito para agarrarse.

Increíble lo que sudé en esta última petición. Era un trabajo en turno en el muelle de Sardina del Norte. En anteriores párrafos mencioné la Gabarra y su finalidad. Fue muy difícil mi primer turno, indecible, mi casa se encontraba a cinco kilómetros y cada vez que llegaba me decían: perdiste el turno. Fue cuando me enteré de que un conocido, cuya familia estaba bien acomodada, viéndose en parecidas circunstancias a la mía, una casa que para las vacaciones poseían, le prestaron le sótano, compartiéndolo conmigo. Así fue como pude vivir mi primera experiencia en un trabajo que a la desesperada me agarré. Los esclavos americanos tenían que sentirse mucho más felices que lo que fuimos nosotros, incluyendo a todos los que fuimos víctimas en esos turnos.

En momento alguno me podría referir a la abolición por el presidente Lincoln. No, mucho antes fue cuando sintieron esa felicidad. El muelle donde las barcas dejaban las mercancías era en la base unos escalones cuyo acceso teníamos que bajar para luego subir la carga. Ni aún en ciencia ficción se ha podido ver nunca tanto desprecio hacia esta especie humana. No eran sacas, eran sacones los que teníamos que subir, su peso era ciento veinte kilos y todavía recuerdo cual era el mío, no sólo me doblaba, lo superaba en cuatro kilos por encima, toda vez que sólo contaba con cincuenta y ocho... y ¡cuidado! No podíamos hablar porque si lo habíamos nos suspendían del trabajo. Cada vez que teníamos ¡no era subir!, sino más bien escalar aquel precipicio, me invadía el momento de felicidad que sentía mi madre, cada vez que le entregaba lo que con el sudor de mi frente lo transformaba en dinero, sentía unos bríos tan fuertes que me daban las fuerzas para no abandonar y durante los ocho turnos que trabajé jamás invadió mi mente, en momento alguno, tirar la toalla.

Terminó el castigo, una vez capitulada Alemania, todo volvió a la normalidad, refiriéndome al tratado de gasolina. La mercancía volvía por carreteras y aquellos muelles continuaron en la reserva como abrigo a los barcos y testigo de canalladas cometidas por la misma especie, los hombres, contra los mismos hombres. Otra vez pudimos cultivar las tierras y muy a pesar del peso de los años sobre mi padre aún continuó dando el ejemplo de cómo la salud, sólo sirve para trabajar. A pesar de la situación tan mala continuamos plantando, con unas cosechas muy por debajo de la media, pero con una hermosa compensación el maíz que se recogía, lo más rico que podía albergar la tierra, se aprovechaba todo, la comida para los animales, el maíz para el gofio, hasta sus corazones servían para cocinar.

El país, destrozado por las dos guerras, empezaba a acusar sus secuelas y lo más que se temía, empezaba a sentirse, los robos, fue la plaga más infernal, difuminada por toda la población en muy corto plazo. Ésta fue la razón que me obligó a tener que guardar lo poquito que plantábamos. Para aquellos que no hayan conocido esta clase de experiencia, es la más comprometida que puede haber en la vida de un labrador, ver su sacrificio profanado por los amigos de lo ajeno. Vivíamos dispuestos, solamente en defender nuestro trabajo, al precio que fuera, sin sentir el menor de los escrúpulos. Pero gracias a Dios, el hecho de guardar tres cuartas partes de las cosechas logradas, fue la razón para que mi conciencia siguiera gozando de su impunidad. Bendito y alabado sea aquel que desde lo más alto sabe bendecir a sus hijos. Mi padre, por el año 44 sufrió una parálisis, poco antes de concluir la Segunda Guerra Mundial, contaba con la misma edad que

hoy tengo, ochenta años, el afán de su vida, querer hacer las cosas como cuando era joven, lo hizo caer en el caos más irreversible de la vida. Los primeros años de los cinco que sobrellevó iba bien, siendo mi madre la artífice de su custodia, puesto que siempre durmieron juntos. Hasta esa fecha mi padre se valía por si mismo, sin tener que depender de nadie, pero más tarde fue agravándose, teniendo que recurrir a mi otro hermano, que por su débil constitución física, nunca quiso ir a aliviarme ni una noche tan sola, toda vez que yo continuaba guardando, aunque con menor intensidad, las cosechas.

La única noche que mi padre recurrió a mi hermano, lo llamó tres veces en la misma noche, ni aún mi padre le conmovió. Una vez y antes de que amaneciera, apareció abajo, donde yo dormía, y me dijo que me fuera para casa porque si seguía él en ella, padre lo mataba. Llevó mantas, cabezal y abrigo como para soportar toda la vida que pudiera quedarle a nuestro padre, sólo le hice esta pregunta: A ti te mata ¿y a mí?, ¿tú crees que me libere la mía? Lo factible hubiera sido haber compartido el peso de su enfermedad, pero no fue así, es que mi madre era sextagenaria y podía sucederle lo mismo. Como eran mis padres terminé volviendo. Una de tantas noches, mi madre quiso aliviarme e insistió en levantarlo, pero como ella físicamente era muy pobre, empezó por darle empujones, acusándolos dolorosamente mi padre, ante aquel trato y su enfermedad irreversible, optó por llamarme y yo por acudir, como en cada una de las tuyas. Cuál fue mi sorpresa cuando vi a mi madre produciéndole aquel trato, enseguida me pude dar cuenta de la razón que le impulsaba, no obstante, le repelé diciéndole que le estaba haciendo a padre, contestándome con aquel humor que nunca le faltó: cobrándole, hijo mío, todas las que me ha hecho. Fue cuando le dije que en lo sucesivo, lo dejara de mi cuenta. Parece como si la vida, me estuviera sometiendo a prueba, puesto que todos los acontecimientos me conducían a algo trascendental y ese algo era totalmente desconocido para mí, ¿qué sería?. Eso sólo Dios lo sabía.

Continuaron mis noches de insomnio con el contraste o inconveniente de tener el día libre y poderlo dedicar en continuar ciertos conocimientos que adquirí en la carpintería. Ésta fue la base para poder realizar más tarde mi vida, puesto que era lo único que podía hacer, sin tener que mendigar un día de trabajo; venían a mí para que se lo hiciera.

Mi padre continuaba, día a día, no sólo con el peso de su enfermedad, más aún con el de su cuerpo, las noches que me llamaba de noche fueron acentuándose considerablemente, produciéndose a veces en cuartos de

hora, con unos lamentos tan grandes, que si no acudía al momento nos despertaba a todos. Una noche tuve que comprarle un urinario, aunque no dio el menor resultado, porque seguían manchando las sábanas. En el año 1947 conocí a la que hoy es mi mujer, tuvimos un principio colmado de deseos y felicidad. Ella contaba veinticuatro años y yo treinta y uno. Ocurrió en mi pueblo, siendo también el pueblo de sus padres, pero como ambos residían en Las Palmas fue el sitio donde fundaron su casa, colmando Dios el hogar con nueve hijos, que de honestos y honrados, fueron como nueve soles los que alumbraron aquel hogar. Las cosas tristes las voy a exceptuar aunque antes tenga para ellos un “Dios los tenga en buen descanso”

Volviendo a aquel año, nuestra amistad duró aproximadamente mes y medio, lo que duró su estancia de convalecencia, puesto que fue el móvil de dichas vacaciones, una operación.

Hubieron algunas incógnitas, pero ni tan siquiera una se ajustó a la realidad, no se pudo pasar de amistad, por la razón expresada anteriormente, ya que al vivir en Las Palmas, mi desplazamiento, con la gravedad de mi padre, que era imposible con el inconveniente de ser yo el único que lo atendía, razón poderosa por la que no pudimos formalizarlas. Así lo dejé al destino y ocho años más tarde nos volvimos a ver y para arriba y para abajo, llevamos más de cuarenta años. No pudimos tener hijos, pero nunca nos ha faltado felicidad, puesto que los hijos sólo no han sido ni serán el incentivo de la vida, puesto que a pesar de casarnos mayorcitos, lo hicimos con una mente llena de lucidez, suficiente para no errar en los momentos difíciles si aparecieran algunos. Todos los hemos superado, siendo mis intenciones continuarlos, por una razón muy convincente, el hombre o la mujer que honra a sus padres y ama a su prójimo, no puede nunca tener desamor para su compañera, ni para nadie, es lo que ha sido mi vida por estos andares, en este pequeño mundo complicado.

Llegó el desenlace de la vida de mi padre, fue el año 1949, por el mes de Febrero, ese mismo año contaba treinta y tres años, continuaba viviendo en la misma casa que había heredado mi madre, la habitación donde me quedaba era de aspecto pobre, casi diría, la más céntrica, desprovista de cuadros y de muy escaso mobiliario. La instalación de luz era muy insignificante, hasta la bombilla que la alumbraba era de escasos vatios, sin hacer el menor aprecio o desprecio, fue la habitación cumbre de mi vida, la que no podré olvidar en todos los anales de mi vida, la que llenó mi Alma

de lucidez, mi corazón de satisfacción y colmó de luz divina, la que nunca viene tarde, porque llega alumbrando el camino de la verdad, el que como guía nos induce a donde se encuentra el Padre.

Bienvenida sea, por los siglos de los siglos.

La noche a la que aludo, fue la noche que más temprano me recogí. ¿Qué iluminación fue la que me indujo a volver temprano a mi casa? Me encuentro en el ecuador de mi narración y cúpula de mi vida. Porque con ella se realizó la realidad, del éxtasis, Verdad de las verdades.

Era de madrugada y aún recuerdo no haber sentido canto de gallo alguno, es muy posible que me ocurriera antes o mucho después. Todas estas ilustraciones las hago porque el caso lo requiere y tengo el deber de saborearlas, posiblemente sea la gran primicia de mi vida y lo más insólito que se pueda narrar y como dije anteriormente la GRAN VERDAD DE MI VIDA.

Me desperté temprano, puede que fuera debido al descanso que recibió el cuerpo, después de un largo dormir. No pude apreciar la hora que era, por la oscuridad de la habitación deduje cómo por hipótesis que era muy temprano para levantarme, una vez que el punto de luz estaba a la entrada de la puerta y a tientas sólo podía producir ruido que despertara a mi madre y mi hermana, opté por continuar sentado en la cama en cuclillas. Cuando observé el principio de una luz, muy similar a la de un cortocircuito o chasquido prolongado, me vi sorprendido por la corta instalación de luz que había en dicha habitación, no era por allí, entraba por una ventana de la habitación. Continuaron los chasquidos hasta que se formó El Gran Círculo de Fuego y de súbito, una cara, no sólo Divina, además era la cara más linda que he podido ver en mi vida, y a continuación las palabras más bellas que se han podido pronunciar en la vida: “Te has portado bien”. Me las pronunció con su voz y mirándome a la cara. Era la cara de Dios. Fueron seis palabras tan sólo las que me dijo, más conjugando la frase y analizando el sentido, ha sido lo poquito hermoso que me han dicho en mi vida (“Te has portado bien”).

Mi vida ha sido siempre hacer el bien, sin mirar el sacrificio que en ocasiones procedía. Dios se lo pague tengo muchísimos y frases de elogios innumerables, comprendiendo siempre que, diera lo que diera, pronunciaban siempre las mismas palabras. Puede haber persona alguna que no me quiera bien, pero, no podrán demostrar la causa o razón. Las

formaciones de las personas casi siempre llegan precedidas por su condición genética, dándosele entrada a aquella frase, cada cual es como Dios lo hizo, y el que es de una manera, no puede ser de otra. Además, en un estado de derecho como el que vivimos, hay que respetar la manera de ser de los demás, cada cual puede tener una idea y una idea, puede tener cada cual. Concluyendo, lo más importante de la vida, en honrar a nuestros padres y amar al prójimo, con estas dos formas de amar puede contarse con lo más elemental de la vida.

Esa inolvidable madrugada no deseaba y lo deseaba, que amaneciera, la primera por la felicidad que en ella sentí y la segunda, por empezar a darle toda la trascendencia que el caso se merecía. Al primero que vi fue al mejor de mis amigos, y fue el primer y el último en muchos años. Cuando empecé con mi narración y comprendió de lo que se trataba, no me dejó terminar, puesto que me lió con un sarcasmo, dejándome más lívido que el carmín. Jamás volví a hablarle de la aparición, ni él a mí, continuando nuestra amistad en lo sucesivo, aún mejor que la que teníamos. Eso fue lo que me hizo suponer como si lo seguía divulgando, no me iban a faltar controversias, puesto que es lo que más generan estos casos. En lo que concierne a mi persona, no me hubiera importado seguir dándole trascendencia al caso, más se interpuso un gran imperativo, ¿cómo podría demostrar una de las vivencias más hermosas de mi vida, si aún me faltaba el respaldo de mis amigos? ¿Qué pruebas podría dar o aportar si solamente contaba con mi versión?. Esto fue lo que se contrapuso en mi vida como si mi hada madrina interfiriera, enviada por Dios para que desistiera. No fue necesario, puesto que el Padre, apartó de mi mente tal vivencia, concediéndome, muy remotamente poder recordarla. Así transcurrió mi vida, muy cerca de cinco décadas sin poder desvelar lo más divino y hermoso de toda mi vida.

Hace poquito tiempo salí de compras y entre los sitios que anduve, pasé por una venta, donde sus dueños y nosotros estábamos vinculados por una amistad extremadamente sincera y, entre otras conversaciones, suscitó la de una persona muy relacionada con él, siendo en resumen, la aparición de un espectro lo más feo que haya podido existir y como comparación me hizo la pregunta clave, que si yo había visto alguna vez al enemigo, contestándole lo más noble y sano que había dentro de mí, que no, dejándome en espera de la otra, positiva, pero la buena mujer no me la hizo. Era una pregunta que en verdad continuaba, ¿Y a Dios?, confieso que me dejó esperándola. Hubiera sido la tercera vez que su nombre habría salido de lo más recóndito de mi Alma, una vez que la primera fue el

mismo día de la aparición y, la segunda, a una niña de ocho años, en una pregunta ingenua, que por qué yo, no le hacía daño a nadie, que si era por su bistía, mi mujer, la que no quería, contestándole con esta pregunta: ¿quién crees tú, que sea el que no le guste verme procediendo mal? Y sin pensarlo mucho me dijo ¡acaso será Dios! Me interpeló la niña, precisamente fue el que has nombrado, muy pensativa y sin poder digerir mi contestación se fue a jugar con las demás niñas y primas, que en ese momento compartía la misma casa de las tías.

Siempre que yo recuerde ha habido apariciones y, siempre que yo recuerde, traen una serie de contradicciones y controversias, éstas últimas vienen precedidas cuando aparecen temas de religiones de cualquier índole, a mí, particularmente, no me gusta tocarlas, porque pienso que nadie esté obligado a pensar por lo que piensen los demás, se debe hacer por uno propio. Existe en este complicado mundo, diversas clases de religiones y en cada una de ellas se han realizado milagros y apariciones, que siempre he respetado y respetaré, pondré como ejemplo, estas que vienen por las puertas con una Biblia en las manos, tocan, abrimos y nos preguntan ¿quieren que les leamos algo?, contesto sobre quién, de la palabra de Dios, nunca dicen que Dios sea particular de nadie, el Dios de todos, los hago pasar, tomo asiento, abren la Biblia, la confrontamos con la que tenemos en casa y las dos son completamente iguales, deduciendo cómo todas están basadas y sostenidas por la columna vertebral que sostiene la vida humana, Dios. Unos son de una y otros son de otras. La mía es la cristiana, única en toda mi vida y muy a pesar de no ser apologético, la llevo tan penetrada que ha pasado a ser el fundamento de mi existencia. Le dije, hace muy poco, a un sacerdote católico, cómo y una vez que mi madre me gestó, Dios empezó a cuidar de mi vida, notándole una sonrisa, podía ser irónica, perpicaz, maligna, para mis fueros internos fue de tipo afable, por la razón que no me preguntó la causa de tal elección, fue como si en momento alguno dudara de mis palabras, en otra ocasión, en una nueva empresa, en su misión católica, al despedirse, le dije estas palabras: Que Dios en esta nueva misión le ilumine, como me iluminó a mí, también en esta ocasión dibujó su semblante cierta sonrisa, pero muy cariñosa, por venir del amigo eclesiástico más honesto y honrado que en la actualidad cuenta la vida cristiana.

Hace cerca de cuatro años, hice mi primer libro, aún no lo he podido ver publicado, por la poca suerte que he tenido, en él expuse lo que significaba para mí tener una preparación intelectual como la de Plutón, Sócrates y nombré algunos más, era solamente y como se trataba de mi

primer libro para darle una ilustración buena, pensé, en cambio en éste no me hizo falta más literatura, que su propio desarrollo, “La gracia de Dios”, ésta no me podrá faltar aunque se me torne todos los elementos que Nelson no pretendió luchar, seguiré adelante saltando barreras, murallas, hasta poder demostrar al mundo, o a quien sea, que para la fe, no podrá haber nada indestructible. Estas pequeñas memorias de mi vida, no vienen asesoradas por nadie, las llevo perennes en mi mente desde que nací y, en muchos pasajes de mi vida, me han martillado las sienes para que les diese su salida, por lo que espero, en adelante, me libere del peso que atormentaba mi conciencia, no pudiéndole dar entrada a nada que no tuviera su propia relación.

He tardado cerca de las cinco décadas, más de 45 años, toda una vida silenciando la vivencia más hermosa de cualquier humano. Ojala aparecieran muchísimas de éstas, las acogería con mucho cariño, pero con el mismo amor, que estoy narrando éstas, pero de diferente particularidad, de que ésta no sería primicia de nadie puesto que existiendo otras, éstas tomaría más fuerzas y añadiría más credibilidad, sería más evidente, que es, en estos momentos, mi gran deseo. Ahora bien, como los designios de Dios son inescrutables, si en verdad estaban para mí lo abrazaré como el pasaje más grande de mi vida. Si alguna confesión tuviera que hacer de mi existencia expondría como no me ha sido fácil gozar de esta vivencia, la más sublime y laudable de cualquier vida, puesto que y como decía mi Santa madre, viene hijo mío, nada más y nada menos que de la mano de Dios. Siempre, siempre, huí del protagonismo, nunca he podido aceptar nada que no fuera de orden natural y todo aquello que pudiera ocasionarme problemas psicológicos los eludo, más, empiezo a comprender como, en esta vida saturada de inconvenientes, como hombre y como humano, tengo que acoger todo lo que esté para mí, sea adverso o inverso y, esta vivencia, aunque sólo aporte la realidad vivida, me expondré a todas aquellas divergencias con las que pudiera encontrarme, las afrontaré, aunque hagan falta todas las fuerzas de Sansón, tornadas en fe. Lucharé denodadamente y a pesar de que mis fuerzas se vean debilitadas, mis últimos hálitos serán para ensalzar y loar al creador como único ejemplar de la Verdad.

Quiero hacer saber todo lo que he tenido que simplificar de mi vida. Dejando atrás vivencias para llenar muchísimos folios, lo expuse en pasajes anteriores, puede que comercialmente no fuese malo, más comprende como el mucho forraje sólo es pasto para animales, me llevaría a un abismo, que en momento alguno he ambicionado. Mi único deseo en estas vivencias, son que lleguen a todos los hogares y que sean comprendidas por todas las

mentes, una vez que en ellas procuro ser lo más escueto posible, también desearía verlas traducidas en todos los idiomas más hablados del mundo, me haría si esto lo pudiera percibir, el hombre más feliz del planeta, siendo mi deseo, solamente, divulgarla hasta el último lugar recóndito de la tierra y una vez realizada decir la frase cumbre de la vida de Jesucristo: *Dios mío, Dios mío, ya quedó todo consumado*. Estoy deseando y sintiendo poner el punto final, reconociendo lo feliz que me he sentido en ellas, no puedo contar con el menor tiempo libre, puesto que todos los dedico a esta causa, digo causa puesto que toda relación dirigida al altísimo, nos compete a todos nosotros, por la poderosa razón que le tenemos que agradecer esta maravilla de mundo que nos hizo y no le podemos atribuir culpa alguna que no hayamos sabido organizarlo, destruyéndolo, paulatinamente, con guerras monstruosas, sembrando odio y hambre por todos los lugares del planeta, olvidándonos del amor al prójimo, cosa muy elemental en la vida cristiana y humana. Hace unos cuantos años le oí decir a un señor, fue en la playa de Las Canteras, se lamentaba de lo difícil que era demostrarle a los hombres, la verdad de la otra vida, él era practicante de otra religión, aunque no recuerde el nombre pude comprobar como su fundamento era sin lugar a dudas Dios y, poniendo el mayor énfasis en sus palabras, decía, si la vida es solamente (pellizcándose las carnes) esta podrición, no vale la pena vivir en este mundo. Siendo ésta la única razón de todo mi afán y empeño en desvelar mi gran vivencia.

Siempre ha sido la mayor inquietud del hombre, en temas de religión, que a Dios no se ha visto, y era verdad, puesto que en algunas homilías, dicen, a Dios no se ha visto ni hombre alguno lo podrá ver. ¿Por qué no se le puede ver si existe? Una pregunta que siempre estaba aflorada en la piel de mis ser. Mi madre me lo decía muy a menudo, mi hijo, a Dios, para verlo, hay que morir. Una mujer extraordinariamente cristiana, cariñosa con sus hijos, su marido y con su prójimo. Puso una tienda de verduras y viendo la necesidad de la gente, cuando le pedían gofio y no le quedaba le daba las 10 pesetas, para que fueran a otro lado a comprarlo, por la razón de que en aquella venta no fiaban, y de ésta y otras formas de proceder, se le fue debilitando el negocio hasta que se vio con las ruinas de unas estanterías tan pobres como la pocilga de la Virgen María cuando alumbró a su hijo nuestro Señor.

En una ocasión, la vi muy afectada y le pregunté lo que le pasaba. ¿No sabes, hijo mío, lo que me pasa, que se me terminó el tabaco polvo, y en todo el pueblo se encuentra? Encontrándose solamente en lo más alto de la montaña, llegué hasta la venta, me encontré con un mostrador y reducidas

estanterías, no me pude enterar, de todas las niñas que allí se encontraban, quién era la encargada y cuando me preguntaron que se me ofrecía, pedí una peseta de tabaco polvo. Aquello fue como para no poderlo nunca olvidar, las risas de aquellas niñas ante un cliente impávido, tan sólo pendiente que le despacharan, hasta que llegó una de las niñas con una papelina bien envuelta, diciéndome, tenga Vd. su peseta de tabaco polvo. Fue entonces cuando le pregunté ¿por qué se rieron todas? ¿es que ustedes no han tenido nunca gallinas con piojos? Ni con eso las pude convencer, ese tabaco era una costumbre de ancianas, hoy ya no lo gastan, lo han reemplazado por cigarrillos ingleses.

Pasó a ser un hábito tener que comprarle el tabaco a mi madre, en el pueblo y barrios colindantes, no quedando sitio aunque insólito, que yo no estuviera, a veces me despachaban sin tan siquiera pedirles la mercancía, hasta que llegó mi indulto. Era el año de 1955 después de los ocho años, cuando mi mujer y yo volvimos a reanudar nuestras relaciones, teniéndome que desplazar a Las Palmas, que era donde ella vivía, cual no fue mi alegría al enterarme como en Triana había una venta de este polvo misterioso, encargándoselo a mi mujer, antes novia, ella me lo compraba por kilogramo y el domingo por la noche, me lo traía. La cantidad que yo acostumbraba a comprarle eran tres kilogramos, y cuando escaseaba, se comunicaban a ver donde había y como mi madre era una fumadora especial, se reunían en mi casa.

Un lunes me sorprendió ver una cantidad de mujeres mayores en el zaguán de mi casa, le pregunté a mi madre la causa de tal reunión, contestándome, como todas sus amigas sabían como el domingo yo le traía el tabaco, era por la razón que venían todas, con su polvera para que mi madre se las llenara, es decir, como le estaba cubriendo el vicio a casi todas las ancianitas de mi pueblo. Ese día, el ver la generosidad de mi madre hizo sentirme el hombre más feliz del mundo. Mi situación económica no voy a moverla, no sea que se me pueda agravar más, siempre procuraba ir cubriendo todos los gastos que mi madre pudiera tener, toda vez que era yo el único que trabajaba, teniendo que vivir siempre pendiente de ella. Mi novia, muy a pesar de su comprensión, veía nuestra situación muy confusa, es que sabía como yo no podía olvidarla, a pesar de todos los años que llevábamos relacionados.

El inconveniente que se interponía en nuestra vida, no era la de mi casa solamente, había además, otra muy poderosa, mi taller, puesto que todo lo de mi entorno, estaba influenciado por una antena y todo el

esfuerzo que hacíamos para unirnos, nos separaba aún más, y aproveché la llamada de un amigo que tenía en Tenerife donde, según él, me tenía buscado un empleo, pero tenía que acudir con rapidez, para concertarlo. Y sin pensarlo dos veces, al otro día siguiente, en uno de los ferris, me vi en Tenerife, cuando preparé la ropa, tuve la intuición más hermosa de mi vida, llevarme la herramienta. Y como todo lo que se hace de prisa no puede salir bien, mi estancia en esa Isla hermana fue nefasta, no me volví en el mismo barco por temor de emplear la misma frase que aquellos que se fueron para América y después de unos meses dando vueltas al llegar a un puerto dijeron “si no fuera porque estamos en Puerto Rico, diría que aquel que está en la punta del muelle es Juan Tadeo”. Fue otra experiencia más, aunque troncada tuve que aceptarla, ya que una vez más era mi vida la que había patinado. Lo del empleo fue como el niño que esperaba unos reyes copiosos y lo que recibió fue sólo carbón. La intención de mi amigo era buena, pero una vez más se interpuso “la suerte sólo es aliada del valiente”. Llegué a pensar, como era mi destino el que me llamaba a que continuara en la madera, y gracias a mi herramienta, continuó el resto de mi estancia, lejos de mis seres queridos, trabajando en la carpintería.

A mi madre no podía apartarla del pensamiento, el encontrarme privado de ella, fue una obsesión que me deprimía tenazmente, pero tenía que continuar, esta vez no era por la esposa de nadie mirar hacia atrás, era mi destino que no podía defraudarle. El trabajo que tenía, era poco remunerado y las perspectivas a mejorarlo, muy remotas, lo que hacía reducir mis ilusiones y frustrar mis esperanzas.

Se acercaba el mes de septiembre y como no podía hacer otra cosa, le prometí, a mi prometida, ir con ella a Teror, fiesta que se celebra todos los años, el ocho del nueve en Las Palmas, contaba con el importe para el viaje de ida y vuelta. Pero en toda vida marcada, no existe ilusión que no se troque, ni Castillo que no se derrumbe, cuando recibí una carta de mi hermana, donde sólo eran penas lo que afloraban, sabrás como a madre le siguen persiguiendo los infortunios y cada vez que le tocan en la puerta, si quiere comprar algo, da una serie de disculpas, antes que decir que no tiene con que. No tuve tiempo para pensar, tuve que hacer, fue a correos y todo lo que disponía para el viaje a Las Palmas, se lo mandé en un giro postal y una carta a mi pro... diciéndole como el viaje a Teror estaba suspendido, por la razón poderosa, del estado tan precario de mi madre, opté por enviárselo. A pesar de todo el tiempo transcurrido, aún recuerdo su contestación: de todas tus obras buenas ésta ha sido la mejor, no sólo me asocio, también te felicito.

Poco tiempo después, surgió lo que me llevaría “hasta la hora presente junto a ellos”. Cuando volví a aquella tierra, fue de paseo con mi mujer, en un descanso de siete días.

Esta felicidad que hoy siento al tener que plasmar en este papel borroso lo que pudiera haber sido en piedra y esculpida con el cincel que utilizó Miguel Ángel en su escultura internacional, lo hago poniendo toda mi Alma y mi corazón con la fe y la esperanza de poder ser comprendido, por todos aquellos, que y con oír tan sólo el nombre de Dios, sientan un gran respeto. Lo que creí que no pudiera ocurrir nunca sucedió, fue una conversación con dos amigos en el mismo parque hace muy cerca de las cinco décadas, cuando por primera vez desvelaba lo que me ocurrió aquella madrugada, aquel gran amigo cuando y sin dejarme terminar mi relato, me hizo el desprecio, más inconcebible de toda mi vida. En ésta ocasión apareció como tema Dios y su existencia, empezó diciendo como su religión era la de sus padres, católico, apostólico y romano, pero le existía una duda, hube de repelerle diciéndole, como mi fe era sin lugar a dudas de mayor credibilidad y nunca se ha interpuesto entre Dios y yo, la menor barrera. Fue cuando surgió, por su parte la pregunta clave, que estaba esperando durante una gran parte de mi vida ¿Tú lo has visto? Y sin pensar, ni escatimar tiempo, le contesté, Sí, lo he visto. Fue cuando, y después de un cierto silencio, expliqué por primera vez, con todo detalle, todo lo ocurrido en aquella madrugada, de aquel día inolvidable, como llegó y lo que me dijo. Ese día me sentí muy feliz, por la poderosa razón que de los dos amigos, no sólo me creyeron, además aquel que permanecía neutral, me hizo la gran sugerencia de ir a la habitación, haber si de aquel círculo de fuego hubiera quedado como secuela, impregnado en la pared, de aquella habitación, testigo infalible del mensaje de Amor y de Fe, más sublime de mi vida, cuando por primera vez fue visto por mis ojos la cara más Divina y hermosa, asociadas con las palabras jamás pronunciadas por nadie más, que no fuera Dios, desde su Reino.

“Te has portado bien”.

Una luz en la oscuridad

(Ver la cara de Dios vivo, es muy difícil, ...muy difícil pero no imposible)

En la espesa oscuridad de la noche,
dentro de una habitación cerrada,
pude advertir, sin alucinaciones,
tu hermoso rostro en la pared iluminado.
Fue una Aureola muy bella,
en una madrugada que nunca olvidaré,
cuando sorprendido por tu figura,
me hablaste y mirándome a la cara,
con seis palabras me dijiste
(Te has portado bien)
Fue un día muy feliz en mi vida,
un pasaje que nunca olvidaré,
al ver reconocida como mis acciones,
eran advertidas por un maravillosos ser,
no puedo ser más explícito en mis explicaciones,
que estos acaecidos en el ayer,
lo que si puedo exteriorizar
el impacto que repercutió en mi ser.
Mi vida a partir de ese día,
ha sido, es y será de impecable proceder,
continuando mi andar,
haciendo solamente el bien.
Espero que mi comportamiento,
en los pasos raudos de mi vida,
sean recordados por alguien,
cuando mis simientes de amor sembraba.
El que quiso recogerlas las reconoció,
nunca pedí a cambio nada,
era tan sólo un gesto de amor por los demás,
sin mirar el color de su piel,
ni el semblante de su cara.
Esta experiencia encauzó mi vida,
Con laureles dignos de admirar,
De mi madre aprendí hacer el bien,
y que excluyera de mi mente el mal.
La recordaré toda mi vida,
y nunca la podré olvidar,
aquellos bellos consejos que me dio,

los he cumplido con el impulso implacable de mi fe.
Nunca me he arrepentido de lo malo,
ni de lo bueno que pudiera haber hecho en mi vida,
y si mi suerte ha sido adversa,
con el mayor grado de pundonor,
he sabido afrontar mi destino,
en todos los campos y terrenos.
Dicen que todo en esta vida,
viene de la mano de Dios,
puede que así sea y que los destinos,
vienen programados, bienvenidos sean,
pero si es el hombre el que los crea
o los fabrica, me arrepiento de aquello,
que haya podido herir la sensibilidad a mis sentimientos,
y de rodillas con mi corazón abierto,
pido al cielo con un grito desgarrador,
Que me perdone Dios

Gracias

6-1-95

La Noche más hermosa de mi Vida
(Ver la cara de Dios vivo es muy difícil,
... muy difícil, pero no imposible)

En un círculo de fuego
Dios se me apareció,
lo más hermosa de la vida,
lo más sublime del amor.
Fue una madrugada que nunca olvidaré,
la noche más grande de mi vida,
y el día también.
¡Noche! ¿Por qué permitiste que volviera el día?
¡Día!... ¿Por qué no te fundiste con aquella noche?
Aunque las dos sean inherentes en mi vida,
no podrían ser borradas de mi Ser.
¡Oh... Dios mío! ¿Por qué a mi?
Fueron mis primeras palabras, después
que pronunciara las tuyas...

(Te has portado bien)
Muchos años han transcurrido de aquella aparición.
Para mi serán todas las madrugadas
de todos los futuros de mi vida,
que me resta por vivir.
La gran pena que invade mi corazón es
de no poder aportar más pruebas
que aquellas palabras divinas
cuando reconoció mi comportamiento.
Todo lo demás que pueda aparecer ante este entorno,
es tan sólo obra de aquel que en aquella madrugada,
en una aureola de fuego se me apareció en mi propia
morada
y mirándome a la cara pronunció estas hermosas
palabras
(Te has portado bien)

NOTA:

Quisiera ser apreciado por todos los humanos de este planeta, toda vez que cuando me tendían la mano, nunca miré su nivel intelectual, ideología, razas, ni tan siquiera preguntaba si su mendicidad era sincera, lo hacía y continúo haciéndolo por amor al semejante.

Estamos ante un caso, tal vez insólito donde el deber, ineludiblemente, me obliga a manifestar como todos los años que han transcurrido desde su aparición, no lo pude desvelar por razones de tan incomprensibles, pasaron a ser, una de las más poderosas de toda mi vida. Mi mente aturdida y mi corazón resentido a causa del sarcasmo, que uno de mis mejores amigos en mi revelación me lanzó, Dios solamente Dios, hizo que mi pena no se acentuara apartando de mi mente algunos años, aquella vivencia, dejándome la opción poderlo recordar, muy remotamente. Hasta que llegó la madrugada del seis de Enero de 1955, cuando y en igual posición de aquella sublime noche, retornó a mi mente aquel recuerdo, de la aparición más hermosa de mi vida. Esa misma mañana y sin más premura de tiempo, empecé a plasmar en estos pequeños versos o poemas todo, y con la mayor integridad, todo lo ocurrido aquella madrugada de hace aproximadamente cinco décadas.

Este largo sueño que duró mi silencio me ha servido de una gran experiencia y reposo en mi formación espiritual, toda vez que el padre no me hizo portador de mensaje alguno, ni tan siquiera me prohibió nada en absoluto, sólo se limitó en reconocer mi gran comportamiento en todos los pasajes de mi vida, hasta aquella inolvidable madrugada.

Llevo memorizando todo este tiempo los años que yo podía contar desde aquel día y por más que cuento y recuento estaba en 33 o 34 años, en estas memorias he tenido que investigar en la familia de mi inolvidable amigo para poder concretar y hacer de esta recopilación una aproximación, la más verosímil que este caso requiere.

En mi segundo Poema, hice hincapié en la pena que afligía mi corazón, pero que y como para Dios no hay nada imposible, para aquellos que por rebeldía se atreviesen negarme “aunque estén en su derecho” alguna iluminación habrá y puedan desterrar los malos pensamientos y tornarlos por otros buenos e infalibles.

Todo lo que pueda incomodarme en esta revelación, que con todo mi amor estoy narrando, es que no me vayan a comprender y crean en el protagonismo que este caso pueda requerir puesto que mi mayor ilusión no es otra, que la de amar a Dios y procurar hacer de su nombre una figura humana, la más sublime e irreversible de la vida. Dios quiso que transcurriera, casi los cincuenta años, puesto que sumándolos cubrían los ochenta y más, edad tope para prescindir de todo protagonismo, que esta aparición pudiera generar.

Siempre he sido pobre en ambiciones, razón suficiente para poder expresar con toda libertad esta Verdad tan cierta, como lo es el flujo y reflujo de las mareas, el giro de la Tierra sobre su eje, el día y la noche, el Sol y la Luna, la Maldad y la Bondad de la vida; podría seguir empleando adjetivos y llenar cuartillas y cuartillas, más reconozco que sólo conduce a malgastar unos folios, puesto que el pudor y pudicia que siempre honró mis acciones, hace resaltar en todas las mentes, como mi responsabilidad en la vida de tan digna, se merece que cantemos todos juntos, y al unísono, unánimemente entonar este nuevo canto.

Ningún hombre, que busque y llame a Dios, con todo su corazón, pueda engañar ni engañarse, puesto que sería un traidor y yo, no he sido, no soy, ni seré nunca un miserable hipócrita.

Gáldar, 6 de noviembre de 1995

Isidro Vera Suárez.

OFRENDA

Mi vida era sólo un vacío,
mi temor no salir nunca de él,
mi tesón me decía que luchara
mi fe la victoria logró.

Mi amor no tiene límites,
límites no tiene mi amor,
mi amor es infinito,
mi amor es Dios.

Con Él la paz encontré,
mi alma a mi cuerpo volvió,
la luz que alumbró mi futuro,
iluminó radiante mi corazón.

Fue una madrugada,
cuando mi vida se colmó,
dentro de una aureola de fuego,
Dios se me apareció.

Fueron seis sus palabras,
las que sus labios pronunció,
las escucharé toda mi vida,
quedaron grabadas en mi corazón.

“Te has portado bien” me decían,
en momento alguno me asombró,
fueron las más hermosas de mi vida,
salidas de las entrañas de Dios.

Su figura llena de esplendor,
nunca la podré olvidar,
jamás vi un rostro tan divino,
tan humano, colmado de un inmenso amor.

Gáldar, 10 de abril de 1996

CUANDO SE DESCUBRE EL VELO

Creí que mi vida era errante,
que era pura soledad, al verme siempre sólo,
empleaba mi tiempo en llorar.
Lloraba hasta que mis ansias aplacara mi dolor,
el dolor de la tristeza producida por la soledad.
Que crueldad tan manifiesta, que ingratitud no deseada,
que vivir me rodeaba, que recuerdos me encubrían,
cuando era siempre la ignominia,
noche y día mi compañía.
Hasta que al fin todo se desveló.
Ocurrió en una madrugada,
Con la mente muy serena, Dios se me apareció,
iluminando la noche, en una aureola de fuego,
venciendo la oscuridad de aquella habitación,
condenada a no poder acariciar ni aún los rayos del Sol.
Era igual que mi vida, lúgubre, triste, funesta, frustrante,
pero al fin supo encumbrarla con una dosis de amor,
tan perseverante, que ha sido, es y será por todos los anales
de mi vida mi guía y compañera.
Hermosa y radiante es la luz,
cuando alumbra en la oscuridad,
que hasta al borde del abismo,
es tan inmensa su capacidad
cuando libera al hombre de su error
y lo conduce por el camino de la Verdad.

MI DESEADA PRIMICIA

Una luz desde el Cielo ha bajado,
alumbrando a la humanidad,
viene buscando en todos los hombres,
Paz, Amor, Cariño y mucha fraternidad.
Elegió uno de sus hijos,
como portador veraz del Amor,
lo hizo testigo infalible,
único creyente de la verdad.
En una aureola de fuego,
una noche en su habitación,
cuando el círculo estaba formado,
brilló en el centro la imagen de Dios.
Jamás ha sido visto. ¡Narran las homilías!
Es un precepto establecido por Dios,
es una cláusula muy preceptiva,
muy respetada, hasta que Dios hizo una excepción.
Fueron seis sus divinas palabras,
impregnadas todas de amor,
te has portado bien, me dijo,
y al momento desapareció.
Cuanto daría por saber lo que hizo,
aún me pregunto cual fue la razón,
¡Si yo lo que he hecho en la vida,
honrar a mis padres, amar al prójimo,
y por sobre todas las cosas,
querer incomparablemente,
a nuestro padre Dios.

GLORIA

Amor a ti, Oh Dios mío,
es todo lo que te podemos dar,
a cambio de todo el cariño,
que siente por la humanidad.
Tenemos que quererte siempre,
con eterna fidelidad,
ya que Amarte con frenesí,
es el ánimo alterar.
Debemos imponer el Amor,
aquel que tú siempre profesaste,
aquel que por quién tú luchaste,
sin importarte morir.
Fue tu ejemplo una maravilla,
que diste al Mundo con honor,
luchaste por lo que era tuyo,
aunque la vida te costó,
ofreciste lo más hermoso,
que tu propio padre nos dio,
una vida pletórica de salud,
que el pueblo inmundo no respetó.
Fueron ciegos hacia ti,
sin respeto ni devoción,
aquel pueblo que tu perdonaste,
a pesar de su impúdica traición.
Fuiste todo un ejemplar,
viviendo sin odio ni rencor,
hasta tus últimas palabras,
fueron siempre el perdón.
Perdónales Padre mío,
pronunciabas con Amor,
perdona a tu Pueblo,
Dios del Universo,
perdónales Señor.

SALVA A TU PUEBLO SEÑOR

Gloria a Ti Señor,
Rey único del Cielo.
Todos tus hijos te adoran,
y desean tu regreso.
Aunque finja que no te quieren,
todos estamos mintiendo.
Y en la hora triste de la verdad,
nos arrepentimos de ellos.
Te llamamos sin cesar,
aclamando tu perdón,
temiendo que no nos oiga,
desconfiando de tu amor.
Dudamos que nos perdones,
por todo lo malo que somos,
y empleamos la venganza,
contra nuestros opresores.
Nadie pone el otro lado,
cuando nos dan en la cara.
Todos temen al dolor,
sabiendo que el dolor se acaba,
como se acaba el amor.
Salva Dios del Mundo,
Salva a tu Pueblo,
ya una vez los salvaste,
cuando moriste en la Cruz.
Sálvalo también ahora,
del vicio y del terror,
líbralo de esa masacre,
lleva la Paz a su corazón.
Redímelos, tú sólo no lo puedes hacer,
ellos te ayudarán,
cuando oigan tu perdón,
consternados por tu manera de Amar,
a tus pies arrepentidos todos caerán.

Gáldar, 27 de Mayo de 1992

SÚPLICAS

Mis ojos en la oscuridad te busca.
Mi alma en la desesperación te ruega.
Mi fe sobrenatural me dice,
que no hay mal, que tú no puedas.
Nunca es mucho el Amor que se da
para el que lo espera todo,
por eso te ofrezco mi vida,
aunque antes oigas mi confección.

Estribillo

No somos pecadores,
somos mucho más,
somos deudores,
de una acción punible,
que nunca en la vida,
podemos pagar.

Mi corazón está lleno de gozo,
todo mi ser, cubierto de alegría,
mis esperanzas me dicen
como siempre hay un nuevo día.
Mis sentimientos te los he ofrecido a ti.
Mi decisión inexpugnable como tu amor.
Mi vida sin ti, carece de sentido,
y si me defraudas es como si dejara de existir, el Sol

Estribillo

Gáldar, 20 de Mayo de 1992

AÑO TRAS AÑO

Tristeza siento en el Alma,
es una pena que abrumba mi ser,
acobarda mi ánimo, me deja perplejo,
esta desidia propia de un día,
para todos aquellos colmados de fe.
Se repite año tras año esta conmemoración,
año tras año se repite la vida,
de nuestro indiscutible redentor,
en una manifestación de fe, rebosante de amor,
donde todos abogamos por el perdón.
Que menos podíamos hacer por aquel que en sus
últimas palabras,
le pidió al padre para todos el perdón,
pronunciando con mucha clarividencia,
como no sabían anda de lo que estaban haciendo,
y fue por eso la nefasta causa,
en una hora de infamia al final de nuestro Señor.
Nadie le creía, sólo su Madre, los Apóstoles y unos
pocos más,
sabían que era el Mesías el que había de llegar.
Uno le negó, el traidor, el cobarde el que lo vendió,
con aquel beso envenenado, el beso de Judas,
el que poco antes participara en su última cena.
Obcecado por unas mezquinas monedas,
lo entregó sin reparo ni pudor.
Había que ver el rostro transformado
por la pena de su madre la Dolorosa,
cualquier ejemplo no se ajusta a la realidad,
le parecía mentira que un pueblo,
juzgara a un inocente con tanta cobardía,
era un Pueblo compuesto por miserables,
sedientos de sangre y ansias de venganza.
Aunque se conmemore año tras año, esta realidad,
no se podrá repetir más la vida del que enviaron,
para la salvación de todos los Humanos.

Difícil es poder llegar,
a la morada del Padre,
por donde habrá de pasar,
eso nadie lo sabe,
la intención todos la hacemos,
el conseguirlo muy poco,
y el creerse junto a él,
es un error muy portentoso,
el abismo es muy grande, tal vez
sea el infinito;
es un vacío tan potente,
aunque el conseguirlo sea
de Mortal, no se puede trepar,
es inaccesible el llegar,
no se puede emplear la fuerza,
el poder es una pena,
que no se puede malgastar,
sabiendo que hay que esperar,

Esperar y esperar que los que
estén antes,
le autoricen a pasar,
porque la cara de Dios
es muy linda
y hay antes morir,
para poderla disfrutar,
de ese descanso de esa Paz
que será la recompensa
de todas las vicisitudes
que esta vida conlleva
al hombre, si con el sudor
se ganó el pan,
tiene que morir,
irremisiblemente,
o desprenderse de esa
estructura llamada cuerpo,
y una vez que participemos,
del coro junto a él podamos decir
Ya he llegado oh... Dios mío.
Tarde pero al fin a tus pies me postro,
Cansado por el camino,

Feliz por haber trepado.
Aunque para conseguirlo,
tuve que vencer la lucha,
tuve que vencer la pena,
tuve que vencer el dolor,
que en la Tierra me impusiste.
Ante todo rigor,
pero una vez en tu regazo,
espero con satisfacción,
el pago que me has de dar,
en premio a nuestro tesón,
como el pan para el hambriento,
el agua para el sediento,
la salud para el enfermo,
el descanso para el exhausto,
la Paz para el que lucha.
Y para los que llegamos
despreciados hasta ti,
danos lo que humildemente
te pedimos, un poquito de tu Amor,
y toda tu VERDAD.